

# José Vasconcelos y Carlos Pellicer, en las jornadas educativas y políticas (1920-1924)

Alberto Enríquez Perea

LA PRESENCIA DE JOSÉ VASCONCELOS en el ambiente intelectual y político fue paradigmática desde la primera década del siglo XX. Fueron audaces sus propuestas, controvertidas sus declaraciones y apasionadas e intensas sus actividades políticas y sus jornadas culturales. Fue fundador, director, dirigente, conferencista y maestro de instituciones como el Ateneo de la Juventud, la Escuela Nacional Preparatoria y la Universidad Popular Mexicana, por un lado; por el otro, militante, crítico, activista y uno de los ideólogos del movimiento maderista. Fue obra suya el lema de este gran movimiento político que cimbró y resquebrajó la estructura del régimen porfirista: *Sufragio Efectivo. No reelección*.<sup>1</sup>

Vasconcelos, a pesar de ciertos desacuerdos,<sup>2</sup> siempre estuvo al lado de don Francisco I. Madero. Fue uno de sus seguidores y fundador y partícipe de dos de los medios que difundieron los ideales democráticos del maderismo, que lo llevarían al poder: el semanario *El Antirreeleccionista* y el Partido Constitucional Progresista.<sup>3</sup> Igualmente, su participación en este movimiento político y su contacto permanente con el pueblo hicieron que muy pronto advirtiera que un país como el nuestro, pobre e ignorante, sólo tendría malos gobiernos. Por eso era tan importante educarlo, enseñarlo a pensar. Asimismo, supo desde estos días que la crítica a la dictadura y a los dictadores se paga con la persecución, la cárcel, el exilio, y muchas veces, con la vida misma.

El autor del célebre *Ulises criollo* pues, fue un artífice del proyecto maderista. Y sin embargo, la democracia enarbolada por Madero lo derrotó. El asesinato del presidente constitucional trastocó su vida. Pronto se sumó a las filas del carrancismo y más tarde a la de los convencionistas. La causa que ayer abrazó poco tiempo después la rechazó porque no concordaba con sus ideas e ideales, deseos y aspi-

raciones. Conoció el exilio, e inició su peregrinaje por tierras desconocidas. Años más tarde, en los Estados Unidos, el general Álvaro Obregón lo invitó a sumarse a su causa, a su proyecto político. Aceptó, y el día que regresaba a la Ciudad de México, 20 de mayo de 1920, se conoció el asesinato del presidente constitucional Venustiano Carranza.

Unos meses después de su arribo a esta hermosa ciudad, que alguna vez fue la *región más transparente del aire*, Vasconcelos pronunciaba uno de los discursos más trascendentales de su vida al tomar posesión como Rector de la Universidad Nacional de México. Discurso en donde proclamaba que para obtener resultados provechosos en materia educativa había que cambiar la ley en vigor y crear un Ministerio Federal de Educación Pública. Y en cuanto a la Universidad, tal como estaba organizada, tampoco era eficaz para “la causa de la educación nacional”. Era un desastre lo que encontraba, pero no por eso juzgaba a la Universidad “con rencor”. Casi la amaba, “como se ama el destello de una esperanza insegura”. Amaba a la Universidad pero no se quería encerrar en ella, “sino procurar que todos sus tesoros” se derramaran sobre la faz de la tierra mexicana. Quería “el derroche de las ideas, porque la idea sólo en el derroche prospera”.<sup>4</sup>

Y una vez más reiteraba lo que hacía una década dijo, que la pobreza y la ignorancia eran los peores enemigos del pueblo mexicano. Ahora, lo que urgía, y se debería resolver, era el problema de la ignorancia. Como Rector, como delegado de la Revolución, no venía a refugiarse en las aulas universitarias sino a invitar a los universitarios a que salieran a la calle y lo acompañaran a compartir las responsabilidades y esfuerzos. No venía a trabajar por la Universidad sino a pedirle a la Universidad que trabajara por el pueblo. El pueblo había estado sosteniendo a la

Universidad y ahora, por su conducto, le pedía consejo para elaborar en su seno un proyecto de ley federal de *educación pública*. De la Universidad Nacional debería salir pues, el Ministerio de Educación Pública Federal que México esperaba con ansía para su redención.<sup>5</sup>

Por otra parte, en ese mismo discurso, Vasconcelos decía que la Revolución ya no cerraba escuelas ni perseguía sabios. Ahora los buscaba. Mas se debería tener “presente que el pueblo” sólo estimaba “a los sabios de verdad, no a los egoístas que usan la inteligencia para alcanzar predominio injusto” sino a los que sabían “sacrificar algo en beneficio de sus semejantes”. Las revoluciones ahora querían a los sabios y querían a los artistas “pero a condición de que el saber y el arte” sirvieran “para mejorar la condición de los hombres”.<sup>6</sup>

Llamaba a los hombres libres a juntarse para “trabajar y prosperar”, a ser los iniciadores de un gran movimiento nacional, a participar en la cruzada por la educación pública y tener “un entusiasmo cultural semejante al fervor” que puso “nuestra raza en las empresas de la religión y la conquista”. Pero cuando hablaba de educación no sólo se refería a la educación escolar, sino aquella educación “que sirva para aumentar la capacidad productora de cada mano que trabaja y la potencia de cada cerebro que piensa”. Necesitamos pues, “producir, obrar rectamente y pensar. Trabajo útil, trabajo productivo, acción noble y pensamiento alto”. Este era el propósito. Esta era la cumbre. Pero se debería empezar por los de abajo; por la educación del obrero, del campesino, del indio.<sup>7</sup>

Solicitaba entonces que se formara un ejército de educadores y que no se descansara hasta lograr “que las jóvenes abnegadas, que los hombres cultos, que los héroes todos de nuestra raza” sirvieran a “los intereses de los desvalidos” y vivieran entre ellos para que les enseñaran “hábitos de trabajo, hábitos de aseo, veneración por la virtud, gusto por la belleza y esperanzas en sus propias almas”. Y deseaba que la Universidad Nacional de México alcanzara “la gloria de ser la iniciadora de esta enorme obra de redención nacional”.<sup>8</sup>

Vasconcelos puso el ejemplo. Le dio valor y sentido a sus palabras. Empezó a recorrer el país; a invitar y sumar a las jóvenes generaciones de intelectuales a realizar esta nueva epopeya. A trabajar, a reunir los datos indispensables para presentar el proyecto de creación del ministerio de Educación. Y como en sus tiempos de campaña política a favor de su candidato Madero, se lanzó contra la dictadura. Duras palabras que resonaron en todo el continente americano. Para fortuna de México la dictadura que tuvo había sido derrumbada por la democracia. Una nueva era vivían los mexicanos. A la que hizo referencia el Rector de la Universidad Nacional de México el 12 de octubre de

1920 era la que sufría Venezuela. Es decir, la dictadura del general Juan Vicente Gómez.

Se despojaba de su carácter de funcionario público pero conservaba el de Rector. Por lo que deseaba que sus palabras se tomaran “como una lección de un maestro mexicano a sus alumnos en el día de la Fiesta de la Raza”. Los oradores que le precedieron hablaron de las glorias de nuestra raza, y él les decía, que esas glorias había que venerarlas. Pero nuestra raza no estaba muerta “y, por lo mismo, no debe bastarle con el pasado”; sus mejores días estaban “en el porvenir. Para asegurar ese porvenir” se necesitaba trabajar y mejorar el presente, y en este día iba a señalar los males que nos corroían. “Ningún día es glorioso si no lo alumbra la libertad”, dijo el maestro Vasconcelos. Y agregaba: “La tiranía es la causa principal del atraso de los pueblos españoles de la América. Y mientras no logremos arrancar por completo vestigio de despotismo no tenemos derecho ni para envanecernos del pasado, puesto que somos indignos de él, ni para confiar en el porvenir, puesto que los pueblos esclavos no tienen o no merecen tener historia”.

En este año de 1920 habían caído dos tiranías, la de Carranza en México y la de Manuel Estrada Cabrera en Guatemala. Ahora un cable anunciaba que en Venezuela había estallado una revolución contra Gómez, “el último de los tiranos de la América española, el más monstruoso, el más repugnante y el más despreciable de todos los déspotas que ha producido nuestra infortunada estirpe”. La información cablegráfica, sin embargo, no era muy alentadora”. Sin embargo, no deberíamos olvidar ni callar que Juan Vicente Gómez “es un cerdo humano que deshonor nuestra raza y deshonor a la humanidad; no debemos olvidar que en las prisiones de Venezuela agonizan centenares de hermanos nuestros, habiéndose dado el caso de que muera un preso, atado a otro con remaches de hierro, sin que el cadáver fuera separado de la pierna del vivo durante quince días”. Por lo que pedía que los estudiantes mexicanos no deberían olvidara a sus hermanos venezolanos; que las confederaciones estudiantiles enviaran a todas las organizaciones estudiantiles de nuestra América “excitando a todos para que eleven una protesta airada y unánime contra el infame conculcador de las libertades de Venezuela”. Y en ese preciso momento Vasconcelos puso la bandera de Venezuela, la bandera de Bolívar, “manchada por la manos miserables de Juan Vicente” en las “manos puras de los estudiantes de México para que” la pasearan por las calles libres de la ciudad de México.<sup>9</sup>

Tres días después que se oyera la voz del Rector, un joven de escasos 20 años, había apedreado las ventanas de la Embajada de Venezuela, había exigido la libertad de los estudiantes venezolanos presos y ahora enviaba una carta al presidente de la Federación de Estudiantes de México,



para decirle que la situación que imperaba en Venezuela era “sin duda alguna una de las más vergonzosas” que registraba la historia de América. Hizo una breve reseña de cómo llegó al poder este gobernante que no se diferenciaba en nada de lo que habían hecho los dictadores de todo el mundo. Primero, dicen respetar el orden constitucional, de salvaguardarlo, de honrarlo y dar la vida si es preciso. En seguida, tan pronto tienen la oportunidad, traicionan, asaltan y destruyen las instituciones democráticas. Eso mismo ocurrió en Venezuela desde hacía doce años.

Este canalla vivía “ultrajando a la sociedad caraqueña”, metía a la cárcel y torturaba a los estudiantes que pertenecían a la federación venezolana, los menos; y a los más, los desterraba. La Universidad estaba clausurada desde hacía siete años por decreto especial. La prensa no existía, más que la prensa del gobierno. Y el gobierno de los Estados Unidos protegía con su habitual desfachatez a este gobierno criminal, y todo por unas concesiones de las riquezas venezolanas, que no eran suyas, sino del pueblo venezolano.

La palabra de este joven mexicano se enardecía al recordar que ese país, “que produjo a Simón Bolívar, el hombre más extraordinario de toda la América y uno de los genios mayores de la humanidad, libertador de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y fundador de Bolivia, el país a quien más debe la independencia hispanoamericana su realización continental” era en estos momentos y desde hacía doce años “víctima de la traición, del asesinato, de la rapiña de Juan Vicente Gómez, más canalla que Victoriano Huerta y más insensato que Estrada Cabrera ya derrumbado por un loado temblor social”. Todos estos hechos deberían provocar la más enérgica protesta de la Federación de Estudiantes de México contra la dictadura de Gómez, dijo.

¿Quién era este joven mexicano que escribió estas palabras, y más tarde, con esa voz sonora y gallarda, levantaría su voz contra esa y otras dictaduras, y que causó tanta admiración por parte de Vasconcelos? Este joven era 15

años menor que el Rector de la Universidad Nacional de México y se llamaba Carlos Pellicer Cámara. Para tan corta edad había vivido la vida política y cultural de México con intensidad. En 1912, en plena era maderista, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, escuchó a José Santos Chocano. El poeta peruano recitó treinta y cuatro poemas que le provocaron una “avalancha de emociones” y el nombre de América se dibujó en su alma para toda la vida. Y por su insistencia y recomendación de su padre, leyó a Simón Bolívar, y desde esta época su americanismo se alimentó con los ideales del Libertador.

La secuela del asesinato del presidente Madero provocó que su familia saliera de la Ciudad de México, poco tiempo después regresaron a la gran ciudad, ingresó a la Preparatoria, se enamoró perdidamente cuán adolescente era, su padre abrazó las causas del constitucionalismo, y para finales de la segunda década del siglo XX era un consumado poeta, colaborador de la revista *Gladios* y uno de los cuatro fundadores de *San-Ev-Vank*. Asimismo, a tan corta edad, se convirtió en un dirigente estudiantil de talla continental.<sup>10</sup>

En 1919, el presidente Carranza, propuso a los jóvenes que se agrupaban en la Federación de Estudiantes de México que nombrara una delegación para que fuera a Sudamérica. La Asamblea decidió que Pellicer fuera su representante en dos repúblicas, Colombia y Venezuela. Con esta representación inició su primer viaje americano y en estas tierras llegó a venerar a Bolívar, “el más generoso de los hombres y el más grande los héroes”. Nada ni nadie incendió de tal manera su corazón “como la vida de ese hombre, insuperado e insuperable, lección estupenda de libertad y de amor, instante cósmico de América, personalidad de actualidad eterna en nuestro claro continente”, escribió el poeta tabasqueño.

En Colombia estudió, conoció su cultura y sus estudiantes politizados y fundó la Federación de Estudiantes

Colombianos. Hizo amigos, como Germán Arciniegas. Lo recibieron las más altas autoridades colombianas. Empezó su labor pro-México. Pronto vio los resultados. La noche del 15 de septiembre fue inolvidable y al día siguiente los estudiantes universitarios le pidieron la bandera tricolor que “paseó en triunfo por las calles apasionando al público por México”. México tenía su lugar en este pueblo hermano. A México lo respetaban y admiraban no permitiendo que se tocara su honor y dignidad en lo más mínimo. Colombia tenía a México en su corazón. Por eso, cuando Pellicer salió de este país cubrió el pedestal donde se encuentra la estatua de Bolívar con la bandera mexicana. Llegó a Venezuela. Halló vacía la tumba del Libertador y la “juventud crucificada por un excelente jugador de gallos, que en doce años de escándalo” se convirtió en el “hombre más rico de la América Latina” poniendo “un pie en Caracas y una rodilla en Washington”. Terminó su misión y ahora se encontraba en México y, como siempre, con su americanismo andante, luchando por la libertad y la justicia de nuestros pueblos. A mediados de octubre de 1920, Antonio Caso le dijo a Pellicer que Vasconcelos lo quería conocer. Estaba impresionada por las palabras que dijo contra el dictador venezolano. El joven líder estudiantil le dijo, lacónico: “Vamos”.<sup>11</sup> Y a partir de esa fecha anduvieron juntos realizando tan nobles tareas y poniendo en práctica honrosos ideales.

En 1921, la Universidad Nacional, por acuerdo del presidente de la República, iba a fundar la revista *El Maestro*. Vasconcelos le explicó a Pellicer, en carta de 14 de febrero de este año, el propósito de esta publicación: “Se desea realizar en una publicación de máxima importancia por su circulación una obra de cultura intensa y eficiente”. Asimismo, el gobierno pretendía estimular “la educación de todas las clases sociales del país, creando un órgano capaz de interesar al mayor número de personas, así por su texto cuidadosamente dirigido como por la forma breve, sencilla y clara de sus escritos”, por lo que se honraba invitarlo “a colaborar en esta empresa de alta cultura y desde luego el primer número con un artículo sobre Congresos Estudiantiles Latino-Americanos”. Como la revista debería aparecer el primero de marzo le rogaba que enviara su trabajo a más tardar el 20 de ese mismo mes de febrero.<sup>12</sup> Es decir, tenía escasos seis días para hacer su artículo, cosa que hizo efectivamente.

Así como Vasconcelos iba formando sus misiones educativas, reuniendo a jóvenes para encomendarles tareas, diseñando la edición de libros y revistas, reorganizando la Universidad, también su pensamiento evolucionaba y daba cuerpo a su americanismo. El 27 de marzo de 1921, presentó la propuesta de cambiar el escudo de la Universidad Nacional de México al Consejo de Educación. En

el considerando se señaló: “que a la Universidad Nacional corresponde definir los caracteres de la cultura mexicana y teniendo en cuenta que en los tiempos presentes se opera un proceso que tiene a modificar el sistema de organización de los pueblos, substituyendo las antiguas nacionalidades, que son hijas de la guerra y la política, con las federaciones constituidas a base de sangre e idioma comunes, lo cual va de acuerdo con las necesidades del espíritu, cuyo predominio es cada día mayor en la vida humana, a fin de que los mexicanos tengan presente la necesidad de fundir su propia patria con la gran patria hispanoamericana que representará una nueva expresión de los destinos humanos; se resuelve que el escudo de la Universidad Nacional consistirá en un mapa de la América Latina con la leyenda: *POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU*”; se significa en este lema la convicción de que la raza nuestra elaborará una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual y libérrima. Sostendrán el escudo un águila y un cóndor apoyado todo en una alegoría de los volcanes y el nopal azteca”. Firmaba la propuesta, que fue aceptada por unanimidad, el Rector, licenciado José Vasconcelos.<sup>13</sup>

Se habían dado unos pasos. Faltaban otros. Como la aprobación por las legislaturas locales de la reforma constitucional que creaba la Secretaría de Educación Pública. Mientras tanto, en las giras o actos protocolarios que realizaba Vasconcelos por el interior de la República, como la del 4 de abril, en Aguascalientes, y en presencia del gobernador del estado, escuchaba a Pellicer recitando sus poemas. O bien, en actos conmemorativos, como el quinto aniversario de la Federación de Estudiantes de México, 7 de mayo, con presencia del presidente Obregón, oía encendidos discursos del poeta oriundo de Villahermosa contra la tiranía venezolana y exaltando la figura inmortal de Bolívar. Este joven poeta decía en conmemoración tan importante: “Evoquemos la sombra deslumbrante del Libertador. Su gloria nos causará una pasión nueva por la libertad y un ideal perfecto renovará la tierra y el agua de nuestros corazones. Citar su nombre es una honra y estudiar su vida una finalidad egregia. [...]. Amemos al Libertador. Pensamos en Bolívar”.<sup>14</sup>

A México empezaron a llegar ilustres personajes que quería conocer a México y lo que estaba realizando su Revolución. Uno de estos ilustres personajes fue don Ramón de Valle-Inclán. A la comida que le ofreció el Rector, el martes 11 de octubre, a la una y media de la tarde, en el ex convento de Churubusco, asistió entre los invitados, Carlos Pellicer. Este fue el último acto en que el poeta acompañó al educador en su calidad de Rector de la Universidad Nacional de México, pues al día siguiente era nombrado secretario de Educación Pública.

Una caricatura que se publicó por estas fechas, nos muestra a un Vasconcelos, profesor de escuela, enseñando las primeras letras a Jaime Torres Bodet, Rafael Heliodoro Valle, Salomón de la Selva y Carlos Pellicer Cámara. Al pie de la caricatura está la siguiente leyenda: “El que con muchachos se acuesta... resulta Ministro de Instrucción...”. Pero también tiene otro significado. El grupo que acompañaba a Vasconcelos se fue con él a la Secretaría de Educación Pública, continuando las tareas empezadas en la Universidad.<sup>15</sup>

Entre 1922 y 1924 el americanismo de Pellicer y Vasconcelos se nutren, a veces se funden, pero cada uno tenía su propio sello. A los 20 días del mes de enero de 1922, apareció este elocuente poema de Pellicer:

Caballero águila,  
tráeme en el ojo una estrella.  
Pero líbrala de las puestas del sol.  
¡Muy alta es mi tristeza!  
Caballero tigre,  
tráeme unas ramas de roble.  
Pero que estén huracanadas.  
La vida,  
feroz mi tristeza recorre.  
Como en el reinado de Moctecuzoma,  
vendrán hombres blancos,  
y serán del Norte.

A mediados de este año de 1922 Vasconcelos le pidió a Pellicer que lo acompañara al recorrido que iba realizar por Brasil, Argentina y Chile. Para los dos, indudablemente, fue un gran descubrimiento este viaje, por las nuevas experiencias estéticas y políticas que adquirieron. Pellicer, que le gustaba volar, tomó un avión y vio a Río de Janeiro como tocado por los dioses. Vasconcelos, frente a una de las playas más hermosas de la que fuera la capital de Brasil, hizo entrega de la estatua de Cuauhtémoc. A las espaldas del último emperador azteca, el verde esmeralda, las viejas casonas de los patricios brasileños, la casa del gobierno.

En Chile, en una de las veladas que hubo en honor del secretario Vasconcelos, además de interpretar las canciones mexicanas y chilenas, se escucharon las palabras de la señora Inés Echeverría de Larraín, quien disertó sobre “La obra cultural del Sr. José Vasconcelos como Rector de la Universidad de México”. En tan corto tiempo la obra vasconcelista llegaba al otro extremo de nuestra América.

No fue entonces ninguna casualidad que al año siguiente, los estudiantes colombianos proclamaran a Vasconcelos, *Maestro de la juventud*. Ello produjo otro gran documento, de gratitud, pero también con alto contenido filosófico. *La Carta a la juventud colombiana* apareció en forma de folleto, con el siguiente título, *Los pueblos Iberoamericanos*. Como

siempre, el discurso vasconcelista es polémico, atrevido, genial. En una parte de esa carta, escribió: “Las teorías de la vida como redención parecían irrefutables cuando el pensamiento se encerraba en la tribu y se creía que el ciclo de la existencia planetaria abarcaba unos cuantos siglos, desde el génesis hasta el juicio final; pero de entonces a la fecha el espíritu humano ha creado otra Biblia en el conocimiento científico, fundado en el raciocinio, la observación y la experiencia, fuentes también divinas de sabiduría, y esta nueva Biblia nos habla de un planeta que ha tardado miles, acaso millones de años, en constituirse y de una sucesión de especies y de seres entre los cuales aparecemos nosotros como un instante asombroso, que fulgura brevemente para rodar en el abismo de los milenios. Ante esta concepción absurda y vasta ¿qué hemos de hacer sino aprovechar nuestro instante para ensancharlo en toda la plenitud de los tiempos; para prolongarlo, ya que es tan corto en toda la extensión infinita?”.<sup>16</sup>

Después evocó el mundo en que estaban viviendo. Decía que desde que Tolstoi “acabó con el mito del genio como caudillo” los pueblos ya no buscaban “ídolos que ensalzar, sino injusticias que corregir. El Quijote triunfa en el mundo; pero ha aprendido mucho en estos siglos de fracasos, y ahora ya no es el loco que mueve a risa, sino el caballero de la fuerza al servicio de la generosidad y de la inteligencia. El genio para nosotros no es el que arrebatara para sí la gloria o poder, sino el que derrocha saber o energía. Y nuestra época toda, quiere que sea universal todo lo que ha sido exclusivo: la dicha, el saber, el poder... Queremos además, que lo excelso se cumpla no sólo allá arriba, sino también aquí abajo, y tachamos de impostor a todo el que levanta impotente las manos al cielo, en vez de usar los puños para corregir la injusticia... ¿Pero dónde va estar el centro de palingenesia próxima, a la vez humana y divina?”.<sup>17</sup>

Así como Vasconcelos iba produciendo estos grandes documentos; Pellicer, por su parte, iba dando a conocer sus grandes y grandiosos poemas.<sup>18</sup> Era sin lugar a dudas, para estas fechas, el “más americano de nuestros poetas”, como bien lo dijo Zaid.<sup>19</sup> En 1924, dio a conocer *Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano*. Lleva un prólogo, indudablemente, de Vasconcelos. Así se expresó del que fue su colaborador y seguía siendo su amigo: “Pertenece Carlos Pellicer a la nueva familia internacional que tiene por patria el Continente y por estirpe la gente toda de habla española”. Más adelante escribió estas palabras que no las deberíamos olvidar nunca: “La familia internacional existe y ya sólo le falta hacer prosélitos para dejar de ser una secta y convertirse en un pueblo. La idea marcha, acrecentándose en extensiones y multitudes; ya no se reduce a la aldea, ni a la provincia, ni a la patria. Es todo esto, pero ensanchado

y convertido en vuelo, un vuelo más que de una ave, un vuelo de aeroplano. Desde la nave aérea ha visto Pellicer su América y también la ha escudriñado con la planta del pie que descubre todos los secretos de la tierra y con la mente que contempla la historia”.<sup>20</sup>

Y este gran poema americano, este canto de amor a tierras americanas, empieza así:

¡América, América mía!  
 La voz de Dios sostenga mi rugido.  
 La voz de Dios haga mi voz hermosa.  
 La voz de Dios torne dulce mi grito.  
 Loda sea esta alegría,  
 de izar la bandera optimista.  
 Golpean los océanos y las montañas crecen.  
 Y sobre el Golfo de México y el Mar Caribe;  
 sobre el Mar Atlántico y el Mar pacífico;  
 Sobre el Popocatepetl y el Momotombo,  
 el Chimborazo y el Sorata;  
 sobre el Usamacinta y el Orinoco,  
 y el Amazonas y el Plata,  
 La Cruz del Sur abre su cuerpo armonioso.<sup>21</sup>

Así pues, el poeta y el educador, habían entrado definitivamente a la historia de América. Vasconcelos se convirtió en un gran admirador del poeta, y Pellicer lo siguió con el mismo vigor de estos años, hasta 1929, pues más tarde sus caminos no fueron los mismos. •

#### Notas

<sup>1</sup> Vasconcelos, en su libro de memorias, *Ulises criollo*, señala que el lema Sufragio Efectivo y No Reección lo redactó él, en “oposición al antiguo Sufragio Libre y para indicar que debía consumarse la función ciudadana del voto. Alegaba Madero, y con justicia, que no podía hacerse responsable al dictador de la retención del mando si antes la ciudadanía no manifestaba su voluntad de retirárselo” (José Vasconcelos, *Ulises criollo*, segunda parte, México, Cultura/Secretaría de Educación Pública, 1982, 311. [Lecturas Mexicanas, 12].

<sup>2</sup> Cf., el siguiente testimonio, Alfonso Taracena, *José Vasconcelos*, México, Editorial Porrúa, 1982, capítulo I. [“Sépan cuántos...”. Número 386].

<sup>3</sup> En cuanto a su paso por *El Antirreeleccionista*, Vasconcelos escribió en su *Ulises criollo*: “Pronto la pequeña hoja tuvo suscriptores en cada rincón de la República. En ella vaciamos nuestro encono contra el régimen y el talento inédito de no pocos compañeros. Sin embargo, no apuntó en el ninguna promesa de gran escritor, acaso porque duró poco la publicación. En cambio, en la oratoria el Partido creaba sólidos prestigios como el de Roque Estrada y el de Bordes Mangel” (José Vasconcelos, *Ulises criollo*, segunda parte, cit., pp. 312 y 313). Y, en la vicepresidencia del Partido Constitucional Progresista, Vasconcelos señaló que, “a efecto de preparar nuestra intervención en las próximas elecciones [1911] y para defender los intereses de la revolución, que con pocas excepciones había quedado fuera del Gobierno [de León de la Barra], designó Madero un Comité al que tocó organizar el Partido Constitucional Progresista. Nombrado entre los de la Comisión, más tardé resulté vicepresidente del nuevo Partido. A él empezaron a afiliarse algunos patriotas y otros que sonreían a la nueva situación a efecto de ganar un puesto. También

comenzaron a ser el blanco de los irreconciliables los caídos de la pasada administración, que, por reconocerse taras imborrables, no veían esperanza de medrar donde gobernásemos nosotros” (José Vasconcelos, *Ulises criollo*, segunda parte, cit., p. 377).

<sup>4</sup> José Vasconcelos, *Hombre, educador y candidato*, introducción, selección y notas de Guadalupe Lozada León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, p. 335. [Biblioteca del Estudiante Universitario, 123].

<sup>5</sup> José Vasconcelos, *Hombre, educador y candidato*, cit., p. 337.

<sup>6</sup> José Vasconcelos, *Hombre, educador y candidato*, cit., p. 338.

<sup>7</sup> José Vasconcelos, *Hombre, educador y candidato*, cit., p. 339 y ss.

<sup>8</sup> José Vasconcelos, *Hombre, educador y candidato*, cit., p. 340.

<sup>9</sup> *José Vasconcelos y la Universidad*, presentación de Alfonso de María y Campos, introducción y selección de Álvaro Matute, colaboración de Ángela Ruiz, México, Difusión Cultural/Universidad nacional Autónoma de México, 1983, pp. 66 y 67. [Textos de Humanidades, 36].

<sup>10</sup> Cf., para datos de los primeros años de la vida de Carlos Pellicer, Carlos Saavedra, “Los primeros años”, en *Mirando el río de aquellas tardes. Estudio sobre Carlos Pellicer. Primeras Jornadas Internacionales Carlos Pellicer. Villahermosa, Tabasco, 13-16 de febrero de 1989. Memoria*, compilación e introducción de Samuel Gordon, Villahermosa, Gobierno del Estado de Tabasco, 1990, p. 13 y ss.

<sup>11</sup> Samuel Gordon, *Carlos Pellicer. Breve biografía literaria*, México, Ediciones del Equilibrista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 32. [Biblioteca Carlos Pellicer].

<sup>12</sup> Carta de José Vasconcelos a Carlos Pellicer. México, 14 de febrero de 1921, en Archivo particular de Carlos Pellicer.

<sup>13</sup> José Vasconcelos, *Hombre, educador y candidato*, cit., pp. 340 y 341.

<sup>14</sup> Discurso de Carlos Pellicer, “He aquí, Señores, Sr. Presidente de la República, Señores”. México, 7 de mayo de 1921, en Archivo personal de Carlos Pellicer.

<sup>15</sup> La caricatura, en el Archivo personal de Carlos Pellicer.

<sup>16</sup> José Vasconcelos, *Los pueblos Iberoamericanos*, México, Linotipografía Carlos Rivadeneyra, 1923, p. 9.

<sup>17</sup> José Vasconcelos, *Los pueblos Iberoamericanos*, cit., pp. 11 y 12.

<sup>18</sup> Cardona Peña recuerda que Pellicer le escribió que, en 1924, estaba “fresquecito de grandes viajes por América y lloraba a medianoche por el ideal hispanoamericano” (Alfredo Cardona Peña, *La entrevista literaria y cultural*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, 221. [[Colección poemas y ensayos]. Por su parte, Alvarado escribió: “Es la de Pellicer una voz americana y en ella recoge todos los ecos del universo, todos los ruidos y todos los silencios, a veces para indicar un paisaje, a veces para exaltar a un héroe, en ocasiones para rezar y otras para bajar a los más secretos rincones de la memoria. Sonora, vigorosa, vegetal e iluminada. Voz de roca y voz de árbol, sobre una corriente fluvial o desde el ámbito celeste” (José Alvarado, *Escritos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 136. [Archivo del Fondo. 52-53].

<sup>19</sup> Gabriel Zaid, *Tres poetas católicos*, México, Océano, 1997, p. 239. [Al día siguiente].

<sup>20</sup> Carlos Pellicer, *Poesía completa*, volumen I, edición de Luis Mario Schneider y Carlos Pellicer López, México, Universidad nacional Autónoma de México/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Ediciones del Equilibrista, 1996, p. 65 y ss. [Biblioteca Carlos Pellicer].

<sup>21</sup> Carlos Pellicer, *Poesía completa*, volumen I, cit., p. 71.

ALBERTO ENRÍQUEZ PEREA. Es profesor e investigador adscrito al Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Correo electrónico: enriquezperea@yahoo.com